

LO FEMENINO COMO ARQUETIPO SOCIOEDUCATIVO

Silvino Ramírez
UNESR

RESUMEN

La feminidad como discurso fundamental en la formación de la cultura o en la configuración de lo humano, pasa necesariamente por el prisma cristalizador de la madre, que engendra no sólo lo biológico, sino lo cultural. Ella no es sólo la fuente de la corporalidad del ser, sino también quien ayuda a darle vida a la confirmación del hombre a través de la herencia cultural que trasmite a su nueva generación, lo cual tomó de su mundo de vida. Su acción predispone para lo humano, para el mundo ético-social al cual va a enfrentarse el nuevo ser. Ella condiciona el mundo de relaciones humanas, las cuales pasan o se determinan a través de su realidad como madre biológica, maestra o formadora. Se ha pretendido desplazar de lo cultural este mundo primigenio y arquetípico de lo femenino, por la figura racional de lo masculino, que desvinculó al ser de su propio origen y lo conectó a un padre, estado o dios trascendente, en un intento por negar la relación intrínseca con la gran madre biológica y arquetípica. Al imponerse el estado o el dios masculino, se fue desplazando la madre real y sus arquetipos primigenios, dando paso a una cultura desalmada, carente de vínculos profundos entre la facticidad materna y el simbolismo que la envuelve como ser creador. A través de la madre se da la inserción del hombre en el mundo real y simbólico de la cultura; ella es quien va formando o cimentando sus valores, lo cual no se hace desde la mera conceptualización, sino desde la vivencia misma que se transforma en saber, en experiencia vivida o sentida que trasciende lo real y hunde sus raíces en figuras arquetípicas que mueven inconscientemente la existencia misma. La madre, su realidad y el mundo de significados se convierten en el centro de este estudio, el cual nos permitirá acercarnos a una interpretación de las manifestaciones conscientes e inconscientes que se dan y que van configurando el mundo de relaciones del individuo.

Palabras clave: madre/maestra, herencia cultural, valores.

THE FEMENIN AS AN SOCIOEDUCATIVE ARCHETYPE

ABSTRACT

The femininity, as a fundamental speech for the formation of culture in the construction of humanity, passes necessarily through the crystallizing prism of the mother which engenders not only the biologic part but the cultural one. She is not only the source of the corporality of the being but also who helps to give life to the confirmation of the man through the cultural heritage transmitted to her new generation and which she took from her lifeworld. Her action predisposes for humanity, for the social-ethic world that the new being will face. She conditions the world of social relations which passes or is determined by its reality of being a biologic mother, a master and being in charge of formation. It was pretended to move away the cultural entity from this primigenic and archetypical world of the femininity, and to bring the rational image of the masculine, that separates the being of its own origin and connected it to a father, state or transcendent god, trying to deny the close relation with the great biologic and archetypical mother. When the state or masculine god imposed, the real mother and its primigenic archetypes were moved apart, opening the path to a heartless society, lacking of deep links between the maternal facticity and the symbolism that shows her as a creating being. Through the mother the human being enters in the real and symbolic world of culture. She is the one who raises and reinforces the human being values. This is not made through conceptualization but taken out of the lived experience that becomes in knowledge, or learning that goes beyond reality and puts down roots in archetypical images that move unconsciously the existence itself. The mother, her reality and her world of meanings become the focus of this study, which will allow us to get near an interpretation of the conscious and unconscious expressions produced that configure the world of relations of the individual.

Key words: mother/master, cultural heritage, values.

INTRODUCCIÓN

Hablar de lo femenino en términos culturales o socioeducativos, nos llevará a remontarnos a los mismos orígenes de la cultura. La figura arquetípica de la mujer ha marcado pautas, desde la Antigüedad, en la formación de los grupos humanos, no sólo en términos reales sino simbólicos según cada situación histórica.

La madre es la figura responsable, directamente, de la facticidad humana; permite su desarrollo biológico a partir de sus primeros momentos y le va transmitiendo su propio mundo psicoemocional. Comparte a través de sus emociones las imágenes ancestrales que contiene el inconsciente colectivo de la especie. Y no es que sólo la mujer influye en esta configuración de lo humano, sino que es la figura paradigmática para que el individuo se predisponga para su encuentro con el mundo socioeducativo.

En este pequeño ensayo trataremos de acercarnos a la visión de lo femenino desde una racionalidad abierta, que permite el reconocimiento y la valoración de la mujer como hacedora y formadora de la cultura.

Para esto nos proponemos el siguiente objetivo:

Analizar la importancia de lo femenino en la formación del mundo socioeducativo.

Con este objetivo pretendemos alcanzar, a través del estudio analítico de algunos textos, un acercamiento de forma crítica a una visión de lo femenino, que englobe no sólo el mundo de lo educativo, sino el mundo psicoafectivo de la mujer y su papel esencial en el marco de la cultura y la educación.

Para esto trataremos de situar lo femenino desde lo propiamente cultural e histórico, lo que nos permitirá ver su importancia en el desarrollo humano. También abordaremos el tema desde su visión simbólica, arquetípica y originaria, que se ha transmitido a través del inconsciente colectivo, especialmente a través de la madre en la estructura psicobiológica y mítica que cada persona esconde en su ser. Es un acercarse a ese sentido oculto de la existencia misma, el cual trasciende la mera racionalidad. Por

último hablaremos de la importancia que tiene la mujer en el mundo educativo como iniciadora del hombre en el conocimiento, en donde su existencia se extiende hasta madre técnica continuadora de los primeros aprendizajes.

Feminidad y cultura

Hablar de la cultura es remitirnos a los primeros grupos humanos, a sus luchas constantes por trascender su propia realidad, por superar una existencia fáctica desbordante que desafiaba e invitaba al desarrollo de lo humano. En este mundo primigenio, lo femenino aparece como determinante en la formación y desarrollo de la cultura, en las formas de evolución histórica de los diferentes tipos humanos y en sus múltiples maneras de interpretar y relacionarse con el mundo.

Antropológica e hipotéticamente, se habla de que en el nacimiento de las primeras civilizaciones resalta lo femenino como figura fundante y trasmisora de cultura. Lo femenino, por su propia estructura psicofísica, promovió desde tiempos ancestrales la cultura, la preexistencia de la especie, su seguridad y su educación. El individuo recibió sus primeras imágenes culturales, a través de la madre, en lo preconsciente de su mundo uterino.

En las sombras del mundo fetal, el individuo se va formando como ser cultural, va recibiendo las afecciones que le llegan del mundo externo a través de la madre. Ella filtra estas imágenes que se alojan en el inconsciente y que se van a repetir a lo largo de la especie. Con lo cual se puede decir que en la disposición y configuración de lo humano, el arquetipo femenino resulta esencial, pues es quien forma su mundo interno y posteriormente lo expulsa al mundo sociocultural para que termine de confirmar su existencia y se impregne de los otros, como lo refiere Savater (1997):

Nuestra humanidad biológica necesita una confirmación posterior, algo así como un segundo nacimiento en el que por medio de nuestro propio esfuerzo y de la relación con los otros humanos se confirme definitivamente el primero. Hay que nacer para humano, pero sólo llegamos plenamente a serlo cuando los demás nos contagian su humanidad a propósito. (Pág. 22).

Lo femenino predisponde para la humanidad, para lo cultural o para lo social. Esta relación que se establece entre la madre-maestra y su hijo-

alumno, desde los primeros momentos de la vida, no llega a borrarse del todo en la evolución. Se transforma, pero no desaparece, pues en los primeros momentos se establece, inconscientemente, el tipo de relación que el ser desarrollará a lo largo de su existencia.

Nuestro primer contagio y confirmación con lo humano viene impulsado por la madre; ella nos prepara e inserta en la cultura, nos educa en la humanidad buena o mala, pero nos trasmite su propia experiencia y ésta es la que vamos a recrear o agrandar con los otros. Los primeros momentos de nuestra infancia se ordenan desde una relación o simbiosis con la madre que nos permitirá colocar los fundamentos de lo que posteriormente podemos llegar a ser, según Rísquez, F. (1999):

Mientras más infantil se es y más consciente de esa simbiosis madre-hijo se tiene, más auténticamente humano se vuelve uno. Sin embargo, esto no quiere decir que lo que sucede en las primeras horas, las primeras semanas y los primeros meses de existencia, sea causa eficiente y suficiente para determinar las acciones durante el resto de la vida. (Pág. 188).

Esta predisposición para lo humano se va recreando o configurando en lo social, ayudado por el arquetipo madre-educadora que no sólo se reduce a lo femenino en el sentido literal de la palabra, sino a esa predisposición de lo humano para contagiar su propia existencia. Los primeros pasos del individuo como ser cultural los toma del mundo materno, de las relaciones que ella mantiene con la realidad y de los significados que le da a su existencia. Todos estos elementos influyen radicalmente en las relaciones que el individuo va a establecer socialmente.

Parafraseando a Moreno (1997), el modelo materno y su presencia en la formación de los hijos es determinante, incluso en la recuperación de los individuos que siguieron una conducta reprobable socialmente. El hecho es que si el vínculo materno se mantiene o se dio una buena aceptación psicofísica desde la gestación del niño, hay mayores posibilidades de reeducar al individuo.

Distinguimos los “malandros” que tienen madre, de los “malandros” que no la tienen. Los primeros dan esperanzas de recuperación y, de

hecho, o se corrigen o no suelen llegar a los extremos de la violencia. Los segundos, en cambio, parecen realmente irrecuperables. (Pág. 41).

Aquí se puede visualizar cómo el mundo cultural y psíquico en el que se mueve el individuo está marcado por el vínculo preponderante de la madre. Desde este punto de vista, ella representa una formación o un saber que trasciende al ser mismo y lo llevan a un autocontenerse, a ser capaz de orientar su propia vida a partir del vínculo que se mantiene con la madre. Esta relación permite recuperar los lazos sociales entre los individuos, pues la madre contiene, protege, sin romper los vínculos con los hijos y este sentimiento o lazo lo transmite la madre a sus hijos.

La relación madre-hijo facilita el paso del individuo del mundo interno a la exterioridad familiar y cultural, llena de formas o ideas que el individuo toma para sí. Esta formación psíquica y biológica del ser, transmitida por la madre, asegura un mayor éxito en su existencia y la conservación de su propia naturaleza. La maestra o madre-educadora, como la madre biológica, puede proveer al individuo de los objetos culturales y de sus significados, pero es la segunda quien predispone al individuo para enfrentar su realidad. El primer contacto con el amor materno queda grabado inconscientemente; al igual que el rechazo que le pueda transmitir, va a marcar el desarrollo del individuo, con lo cual la simbiosis madre-hijo es fundamental, desde la visión de Rísquez (1999):

Entonces, la simbiosis madre-hijo es la realización del amor que provoca el paso de lo inconsciente a lo consciente, de manera paulatina. Por lo tanto, la feminidad es básica para comprender el desarrollo de la personalidad del individuo. (Pág. 188).

Como se puede ver, estos vínculos son determinantes para poder enfrentar con éxito la realidad; el amor o el rechazo recibido en los primeros momentos de su existencia es lo que el ser va a transmitir de forma consciente o inconsciente. Pero no sólo influyen esos elementos conscientes, sino todos aquellos elementos que de forma inconsciente toma de su entorno. La figura de la madre o de lo femenino representa y transmite elementos que van más allá de ella misma, elementos propios del mundo del inconsciente colectivo, de los arquetipos o de las representaciones que de ella tiene cada individuo y su cultura.

La cultura moderna, al montar sus bases sobre parámetros masculinos, parece negar el sentido profundo de lo femenino y olvidar los arquetipos y su importancia para entender la realidad que vive el mundo actual; tal vez por no querer reconciliarse con su origen, raíces, ha desplazado al ser, dándole paso a un ser desalmado, a una figura materna que rompe con los modelos de la madre creadora, protectora y dadora de vida.

El predominio de lo masculino en lo público no ha logrado desplazar lo femenino de su mundo íntimo, de lo doméstico y de los primeros encuentros del hombre con la realidad socioeducativa, pues lo cultural, los valores son enseñados, primariamente, por la madre.

Siguiendo a Moreno (1997), los modelos culturales de los cuales proviene el ser hispanoamericano se centran en un modelo donde la madre es el centro de las relaciones. La cultura se desarrolla desde la matrirrelación, y es a partir de esta figura que se establecen los grados de convivencia y de formación de los individuos. Ella establece una relación simbólica y arquetípica que representa tierra fértil, dadora y protectora de la vida.

La madre transmite estos modelos recibidos consciente o inconscientemente de su cultura y puede seguir reforzando el machismo o el vínculo dependiente con el hijo.

El modelo que presenta Moreno, de una sociedad matricentrada, lleva en sí la marca profunda de lo femenino simbólico o arquetípico que marca el camino de la educación del individuo. La madre refuerza las diferentes conductas sociales o es ella la que permite o no que los individuos se integren al mundo cultural.

La sociedad patriarcal a la que pertenecemos o la sociedad racional estructurada por lo masculino y fomentada por la cultura occidental, ha minimizado, y hasta anulado, no sólo el discurso de lo femenino, sino su facticidad como educadora.

La diosa madre presente en los diferentes pueblos, como los griegos o los grupos étnicos más primitivos, es reflejo de la importancia de lo femenino en la cultura. El desarrollo de la agricultura parece darse en torno a lo femenino. Las figurillas femeninas que representaban la fecundidad, la

fertilidad son evidencias de esta importancia, pero estas manifestaciones primigenias fueron sustituidas por los dioses masculinos y guerreros, los cuales no promovieron la vida sino el dominio o exterminio de la misma especie.

Se pasó de la figura de la madre tierra fértil, al arquetipo de la hierogamia o unión entre el cielo y la tierra, dándole prioridad a lo masculino. Ahora lo masculino es lo que va a fecundar o hace productiva la tierra, y en ese cambio se fue minimizando el arquetipo femenino.

Los dioses masculinos, como Zeus en los griegos o el dios judío-cristiano, establecen otra forma de organizar la realidad y de trasmitir la cultura o el conocimiento. En la modernidad esta visión cambió: ya no es el dios masculino o paterno el que organiza lo real, sino que lo es el hombre mismo a través del mundo de la razón. Es una razón organizada desde el Estado, desde el espíritu absoluto hegeliano que determina la propia existencia. Esta razón, organizada desde lo masculino, hace que los arquetipos primigenios de lo humano y profundamente femeninos dejen de tener la fuerza creadora. La razón, entonces, desplazó al mito, al sentimiento y al afecto, con lo cual el mudo se vació de sentido a partir de la implantación del poder del Estado, como refiere Moreno (1997):

Según algunos antropólogos, el Estado moderno es la expresión máxima del patriarcalismo indoeuropeo, sociedad regida por el padre ordenador y racional. (Pág. 28).

Este discurso desvalorizó y minimizó el poder de lo femenino, pero no lo eliminó, pues siguió junto a los guerreros, junto a los conquistadores o colonizadores fundando pueblos y haciendo cultura. En torno a la madre, a la figura del matricentrismo se formaron los individuos y la misma sociedad. A la sombra de un Estado patriarcal que no logró establecer vínculos auténticos, ni pudo evitar las desigualdades o guerras entre los pueblos, pervivió el arquetipo femenino, y la razón unidireccional quedó en tela de juicio. Le queda al hombre recuperar su propio proyecto y reconciliarse con su ser, con la tierra que le dio vida; como nos dice Moreno (1997):

Puestas así las cosas, la crítica posmoderna ejerce una acción demoledora sobre este modelo de sociedad y apunta a que ha llegado el momento de elaborar un nuevo proyecto. Las distintas versiones de ese

proyecto tienen algo en común: la muerte del padre único y de la razón única. (Pág. 28).

La modernidad no cristaliza el discurso humanista que se proclamó en la nueva concepción antropológica; sólo floreció el imperio de la razón, de la utilidad y lo práctico, dejando de lado otras dimensiones de lo humano. Las raíces más profundas de la cultura se pretendieron negar y esto da como resultado otra forma de situarse ante lo real.

La posmodernidad se levanta a favor del individuo, reconoce las distintas dimensiones o los discursos subalternos. Este nuevo modelo le dio campo a los sentimientos, a lo religioso y especialmente al mundo de lo femenino, que venía siendo silenciado; y es que el vínculo o el cordón umbilical que une al hijo con la madre seguirá siempre presente uniendo a estos dos seres. El discurso subalterno de la madre, o de lo femenino, toma posición nuevamente en el mundo de la cultura, haciéndole frente a una época donde todo vale o donde no se tienen presentes los parámetros éticos y donde los relatos reconocidos o recuperados pierden fuerza en un mundo saturado por la información.

En esta sociedad posmoderna, lo femenino parece adquirir valor desde el mundo de lo masculino, del consumo y de la moda, con lo cual pierde su sentido originario. Lo femenino se promueve como instrumento de belleza, como nuevas formas de estar en lo social y bajo los parámetros impuestos por el orden de una modernidad llevada a sus extremos. Es una realidad donde se pierden los límites hasta el punto de la masculinización de lo femenino o el entrecruzamiento de los contrarios dando paso a una realidad múltiple.

A pesar de esta realidad y el resurgir de nuevos discursos, lo femenino sigue marcando la pauta en la formación de la cultura, aun cuando el nuevo orden ha forzado a lo femenino a incorporarse al mundo del mercado o del consumo. Este nuevo campo, desde donde se mueve la mujer, ha hecho que se descuide el papel primigenio de la madre biológica, creadora y educadora. Con lo cual los individuos rompen de forma profunda su relación con el arquetipo originario de la madre y el sentido de lo femenino. En la cultura latinoamericana, especialmente, donde el individuo no cuenta con la realidad paterna, con su arquetipo real y donde la nueva realidad le ha

arrebatado, también, el arquetipo materno o de la madre-abuela educadora, el ser se pierde y la realidad se vuelve insegura y carente de sentido.

Este es el gran problema de la posmodernidad: el individuo se pierde en la multiplicidad. Sin contar con un modelo familiar vinculante, la sociedad globalizada y despersonalizada y los modelos carentes de sentido, pasan a sustituir a la madre o a la familia. El individuo elige su forma de ser a partir de la multiplicidad que le ofrece la sociedad de la información, la cual no le brinda seguridad ni sentido de pertenencia como el modelo familiar centrado en la figura de la madre biológica.

Ante este debilitamiento de la madre biológica, ocupada en el trabajo fuera del hogar, surge la madre técnica, la cual llena temporalmente la ausencia de la madre biológica. La madre técnica se presenta como una figura impersonal, como el Estado que debe ocuparse de todos, sin presentarse de forma real ante el individuo. El rostro del Estado es impersonal, como Dios que es padre de todos y de nadie, ya que no establece realmente vínculos directos con los individuos.

Ante esta realidad, es necesario recuperar el mundo real y profundo de la madre natural o de la madre educadora, la cual marca y establece las diferencias y los vínculos entre los individuos y su entorno. No sólo la razón es la que diferencia o crea el sentido de la individuación, sino que es la madre la que va estableciendo biológicamente, natural y psíquicamente las diferencias, los límites entre el yo de la madre, el yo del hijo y su entorno.

Al individuo hay que recuperarlo, desde el mundo materno, como un ser pasional y racional, lo cual no es simple diferenciación, sino reconocimiento de la integración del propio individuo con su ser, su mundo y su historia. Esta recuperación dependerá sólo del modelo cultural que sigamos promoviendo y del reconocimiento que le demos a nuestra propia existencia y a la existencia histórica de lo femenino en la vida.

Arquetipos de lo femenino

Para acercarnos a los modelos primigenios de lo femenino hay que ahondar en el origen propio de lo humano o transitar el inconsciente colectivo, en donde se alojan las imágenes fundantes de todo individuo o

cultura. Los modelos originarios o arquetipos se presentan como imágenes luminosas o cubiertas de sombras que esconden el sentido profundo de la vida y sólo se revelan o se hacen conscientes a través de estas imágenes.

Lo femenino se presenta como lo redondo, que produce la vida, da seguridad, protección y provee de alimento. Es el modelo arquetípico por excelencia, que transmite seguridad y liberación. Por una parte, protege y forma al individuo, lo educa para el mundo y finalmente lo expulsa o libera para que termine de confirmarse.

En este ciclo vital se presenta el arquetipo fundante de la madre formadora, creadora de cultura. Ella enseña y va creando cultura porque sabe y se vivencia como realidad sensible, más que como ser que conoce. El saber en ella se hace realidad en cuanto es vivencia profunda de su ser, lo cual se distancia del mero conocer racional que crea divisiones o separa. Este saber contiene dos caras de lo femenino: lo luminoso de Atenas y lo sombrío de Selene o Hécate. Es un saber que enfrenta el mundo desde lo racional y lo pasional, desde un juego continuo que va formando lo humano.

Lo femenino como arquetipo representa la continuidad, la esperanza de formar y de seguir recibiendo. Es por esto que lo femenino, a pesar de brindar seguridad, también expulsa hacia lo desconocido, lo cual representa lo oscuro para el hijo, pero al romperse el vínculo, lo que está haciendo es liberándolo. Lo femenino, en su acto creador y como educadora, juega con lo luminoso y con las sombras en una lucha de contrarios que impulsa la vida. La madre, si no recibe, no puede formar la vida; y si no expulsa, no permite que ésta continúe o se recrea, con lo cual se revelan en la madre las diferentes formas de la feminidad que Rísquez, F. (1999) menciona:

La feminidad tiene entonces dos vertientes, dos caras. Una cara grata, luminosa, serena, receptiva, y una cara ceñuda, fría, dura, rechazadora...

Por lo tanto, la conciencia es híbrida: es afecto más intelecto combinado. A la conciencia se llega primariamente por la integración con la feminidad, y la integración de esa conciencia se lleva a cabo en la simbiosis madre-hijo. (Pág. 191).

El arquetipo de lo femenino, visto desde este punto de vista, no se refiere sólo a imágenes externas o míticas para interpretar la cultura o la

historia humano, sino como integración real de la facticidad humana entre conciencia individual y colectiva, trasmitida desde los arquetipos culturales.

Con la integración que se establece entre lo consciente del individuo y lo preconsciente trasmítido por la madre, el individuo se establece como ser único o subjetividad que se mueve entre lo apolíneo y lo dionisiaco o entre lo racional y lo instintivo.

Lo humano no se mueve en un solo arquetipo, no es sólo racionalidad o pasionalidad; lo humano es vivencia profunda de la relación madre-maestra con todo lo preconsciente que le da al hijo y con el conocimiento que ella le trasmite o que el individuo determina adquirir conscientemente de su mundo.

La madre es la primera en trasmirle a los individuos las imágenes ancestrales que forman su mundo, aquellas formas y vivencias que la realidad psíquica ha recibido inconscientemente desde los inicios, las cuales se van trasmitiendo y acumulando en la especie misma; siguiendo a Rísquez, F. (1999):

Las imágenes no son conscientes en nosotros constantemente, pero aparecen y se refieren a complejos inconscientes que están presentes en nosotros y que pertenecen al pasado de nuestra especie, al pasado de la humanidad. Carlos Gustavo Jung los llamó “arquetipos del inconsciente colectivo”. (Pág. 191).

Las imágenes o la visión del mundo y del hombre que se tienen son aprendidas, primariamente, a través de la madre y de los arquetipos femeninos y éstas se van haciendo conscientes en la relación madre-hijo y su incorporación al mundo.

La imagen o el arquetipo femenino se recrean en la madre-maestra real y siguiendo las designaciones psicológicas o míticas, su realidad se da en toda cultura como realidades originarias o primigenias y se siguen repitiendo a lo largo de la evolución de la especie. Lo femenino, como modelo que trasfiere la cultura, la forma de ser o de manifestarse lo humano, marca el camino en una cultura signada y administrada por lo masculino.

La penumbra en la que se pretendió hundir a la feminidad por siglos, y especialmente en el mundo moderno que desplazó los arquetipos

primigenios y trató de imponer los modelos de la razón, ha sido refutada por las mismas necesidades humanas que evidencian el vacío y el sinsentido vivido por los hijos sin madre fáctica o mítica, desplazada por la razón y la técnica.

La forma de racionalidad que se impuso en el mundo moderno fomentó la división en lo humano y separó, por un lado, lo masculino que pretendía la posesión de la razón para sí; y por otro lado, presentó lo femenino como debilidad, sombra o pasionalidad, desterrándolo de lo social y de su hogar, y más de su derechos de organizar el mundo, según Follari (1997):

Verdad es que se ha apelado históricamente a ese argumento: la racionalidad sería exclusividad masculina; por ello incluso la calificación plena de ciudadanas le fue negada a las mujeres hasta hace poco tiempo. (Pág. 14).

Lo femenino, en el mundo moderno, se ubicó por debajo del poder de la razón, con lo cual no se reconoció que el conocimiento, el saber y el acceso a él, pasan por la figura femenina.

Al partir de esta unilateralidad se negó la diversidad humana y los diferentes tipos de racionalidad; el hecho es que la razón no es sólo la occidental o la oriental, la femenina o la masculina, la de la aristocracia o la de la plebe. La racionalidad es potestad de lo humano y cada quien la ejerce según su necesidad y grado de reflexión. Centrarse en una sola visión es negar lo humano y sus múltiples formas de manifestarse. Al hombre le queda la tarea de volver la cara sobre su historia, sobre su vida, sobre la madre, y recuperarse como ser a partir de un discurso que surge del lugar de lo femenino, así como lo desarrolló Follari (1997) en sus escritos:

Pero aquí hablamos desde otro lugar: no creemos en ninguna racionalidad definida “a priori”, de modo que aquella denominación racional es sólo un producto contingente de la historia. (Pág. 14).

Desde este punto de vista, la estandarización del pensamiento o la unilateralidad de la razón quedaron desmontadas, y se dio paso a otras formas de organizar la existencia. Al entrar en crisis los grandes metarrelatos se permite la apertura de otras formas de organizar la realidad y vuelven a surgir elementos esenciales o primigenios que en la modernidad habían sido

silenciados. Uno de estos discursos es el de lo femenino y sus arquetipos. Con el reconocimiento de su realidad se retoma su importancia histórica en la formación cultural y a través de este tipo de racionalidad se manifiestan las otras caras del mundo, que se alzan frente a una racionalidad con pretensiones de universalización, como dice Follari (1997).

Esta racionalidad de lo femenino no es la razón formalista, centrada en conceptos e ideas sobreuestos a la existencia. Esta racionalidad, de la que estamos hablando, es vivencia, acción constante que se revela en la realidad y desde ella adquiere legitimidad. Desde aquí la figura de lo femenino se convierte en un arquetipo primordial, legitimándose desde la vivencia misma que en este estudio se centra en la madre y en su hacer socializador.

Su saber se convierte en legítimo porque no parte del concepto o de la mera creencia, sino que emerge de la acción misma, del mostrarse diario con su fuerza creadora o destructora, que hace que se convierta en paradigma, en punto de partida para recrear lo humano desde los vínculos propios de la existencia, según Follari (1997) “La mujer ejemplariza esto cuando sus fidelidades no intentan legitimarse sino en la existencia del lazo, del vínculo (de lo cual lo materno es sin duda el caso paradigmático)” (Pág. 15).

Esta legitimidad de la razón femenina viene dada por su realidad desbordante, por la urgencia de su sensibilidad ante la vida que trasciende las mismas estructuras de la razón. Su realidad y sentimientos se concretan en la unión que se da entre ella y el hijo, y es que sólo desde la vivencia se puede hablar de lo femenino, al igual que se puede partir de la maternidad frustrada o estéril como una forma de estar en el mundo viviendo la rabia de la ausencia de los hijos o desde la alegría que produce la virginidad.

Desde este punto de vista y en términos arquetípicos, la visión de lo femenino está recubierta por una *psiques* misteriosa, no estructurada ni predecible desde un modelo prefijado. La mujer, la madre recrea en su vivencia los arquetipos propios de su feminidad y en este caso de su maternidad, lo cual trasciende lo formal y no puede ser encasillado en los parámetros de la razón moderna.

Al hablar de lo femenino, de la mujer madre como portadora de una historia, se está hablando de la existencia misma con sus luces y sus sombras,

de ese modelo que funge de base para la formación y expansión de la educación y la cultura.

La educación, para que signifique y recree la existencia, debe recuperar sus principios originarios, es decir, lo femenino con su “pasión nocturna” o la multiplicidad de luces que esconde lo humano, sin quedarse en el mero logos o la prudencia antigua, como nos diría Mèlich (Pág. 65). Se debe recuperar la pasión y el amor de lo femenino, al igual que la tragedia que la rodea.

El mundo cultural que rodea la historia de los pueblos está marcado por los arquetipos de lo femenino, por la figura ancestral de la madre tierra, dadora de vida, por la figura religiosa de la Virgen madre que protege y sirve de modelo al ser religioso o la figura más real de la madre que reúne en torno a sí el grupo doméstico, formándolo, protegiéndolo y brindándole seguridad.

Este modelo se repite en el matricentrismo como práctica real de la cultura, lo cual está recogido en nuestra literatura en figuras emblemáticas como *Doña Bárbara*. Esta figura femenina cargada de una vivencia trágica, enseña una cultura férrea en la llanura. También el modelo mítico de *María Lionza*, que se mueve entre lo real, lo folklórico y lo religioso, influyendo en la formación cultural, no sólo como rito sino como arquetipo.

Estos modelos arquetípicos se hacen vida especialmente en la madre-maestra que educa desde su soledad como madre soltera o desde una estructura familiar que descarga en la figura materna la formación de los hijos, no sólo en el hogar o grupos comunitarios, sino en las mismas instituciones sociales.

Feminidad y educación

La educación, en cuanto formación de lo humano, es una acción primigeniamente femenina; con esto no se quiere reducir el acto educativo a lo femenino en sí, sino a lo femenino como arquetipo, que va más allá de lo meramente fáctico.

El hecho educativo se inicia en lo femenino para los individuos. Desde el punto de vista psicofísico y cultural, se puede decir que en gran

parte el hecho educativo sigue siendo condicionado por lo femenino hasta muy entrado el desarrollo humano.

La educación familiar, doméstica y social es marcada, en su mayoría, por lo femenino. Las primeras letras, e incluso la educación avanzada, es influida por los arquetipos femeninos que se adquirieron a temprana edad. Los individuos repiten estos modelos de forma inconsciente.

El modelo educativo que la madre va trasmitiendo al hijo es el que él repetirá, es el modelo con el cual debe luchar en su vida a fin de poder integrarse con el resto del grupo, repitiendo los esquemas aprendidos, como podemos ver en los comentarios de Rísquez, F. (1999):

Si los varones han sido educados de manera “machista”, abusarán de su fuerza, de su poder, de su movimiento y creerán que así atraparán a la hembra. Sin embargo, los responsables de eso no son los hombres sino las hembras “machistas”. No es cierto que el machismo sea un invento de la masculinidad. Es un invento de la feminidad malquerida, de la feminidad maltratada. (Pág. 189).

En este ejemplo tan concreto se puede evidenciar la influencia que ejerce la educación materna en los individuos. El hijo empieza a formar parte del mundo de los otros, de las cosas, ayudado por la figura materna. Ella le enseña a reconocerse como individuo, como *yo*, como persona diferente. Este paso es esencial para que la persona asuma su realidad y empiece a formarse como ser a partir de las herramientas que le facilitó el mundo materno y su cultura.

En el momento de la separación de la madre biológica y el encuentro del individuo con su mundo, con su *yo*, entra en juego la relación madre maestra y madre técnica.

Al hablar aquí de madre maestra nos estamos refiriendo a la madre natural, la que enseña desde su vientre y lo sigue haciendo después de romper el cordón umbilical.

La madre natural educa desde el vientre y se ata al hijo desde el primer momento de su gestación. Como maestra sabe que debe educar al hijo para la vida, lo cual implica ruptura o separación que llena de dolor y hasta

de muerte el mundo materno, pero es sólo desde esta ruptura que el otro ser puede crecer. La literatura universal está llena de estos ejemplos; el hijo debe abandonar a la madre para convertirse en guerrero, como lo hizo Odiseo, o como en los innumerables personajes de la literatura medieval donde el caballero abandona a la madre y sale en búsqueda de su vida. En nuestra realidad, el cordón que une a la madre con el hijo parece no romperse y el individuo no termina de crecer, con lo cual sigue prevaleciendo el arquetipo de la madre castradora, en vez de la madre maestra que educa al hijo para lo social.

En nuestra sociedad, la madre natural o madre biológica está en crisis; ella ha sido desplazada por la abuela, las tías o las hermanas mayores que son las que enseñan.

El desarrollo íntegro del individuo y su incorporación plena a lo social, es lo que va a hacer que se desprenda de la madre natural y se acerque a la madre técnica.

La madre técnica cumple con un papel cultural y artificial en la formación del ser. Ella continúa, de forma externa, el camino de enseñanza que ya empezó la madre natural. Pero antes de adentrarse a un saber externo, el niño trae una preparación o predisposición previa para los conceptos culturales, para lo científico y esta disposición la provee sólo la madre natural.

En el preescolar, el niño se enfrenta al arquetipo de la madre técnica que ejerce su función socializadora durante un periodo de su crecimiento, sin establecer auténticos vínculos con él. La madre técnica se ve obligada a expulsar al niño al fin del periodo educativo. La diferencia es que a pesar de que en los dos modelos hay una expulsión, en la madre natural el vínculo no se rompe del todo. En la madre técnica la separación carece de afectos, de lo cual el niño se da cuenta, según Rísquez, F. (1999).

La madre natural tiene todo el tiempo del mundo, porque no se puede divorciar jamás de sus hijos: seguirá siendo un hijo siempre. Pero la madre técnica sí se puede divorciar: “No puedo tolerar más a este niño en esta aula...”; el niño ve eso y sabe la diferencia. (Pág. 271).

En ambos modelos se marca el elemento fundamental de trasmisora de cultura o conocimientos, y aunque en la madre técnica no se dé el vínculo

afectivo, siempre estará presente en ella el arquetipo femenino de madre; como lo menciona Rísquez (1999, Pág. 264), en ella está el ser madre de todas las criaturas. En el inconsciente colectivo de lo femenino está latente ese instinto o deseo de proteger, de dar seguridad y reeducar a sus crías para que enfrenten el mundo. El problema que se nos plantea, modernamente, es que la madre técnica no ha logrado vincular del todo lo afectivo con lo cognoscitivo y la educación se ha convertido en un hecho frío, sin sentido y carente de pasionalidad, en donde el niño no se siente a gusto.

La mujer, la madre se establece naturalmente como la primera educadora junto a su grupo más cercano, como la abuela o los demás miembros, y estos primeros saberes parten de lo afectivo o de los saberes que la madre quiere enseñar al hijo. Ella trasmite los primeros valores, sonidos o lenguaje a partir de la vida misma. Le enseña qué debe comer o no, o qué debe hacer y qué no, convirtiéndose en el modelo que vincula al individuo con el mundo a través de su acción pedagógica; como lo comenta Savater (1997):

...las mujeres casi siempre fueron generosamente pedagógicas en su disposición a corregir la torpeza técnica e inmadurez sentimental de los neófitos... Así aprenden el lenguaje, el más primordial de todos los saberes y la llave para cualquier otro... (Pág. 43).

No es simplemente un discurso retórico colocar la figura de lo femenino como elemento fundamental en los inicios de la educación y la formación e incorporación a la cultura. La madre aporta los elementos básicos que no sólo representan el mero aprendizaje del lenguaje, sino la predisposición para ello.

La madre lo provee de una estructura psicobiológica que le permite la adquisición de distintos saberes. A través del lenguaje incorpora al individuo al mundo de lo simbólico, aun cuando el infante no tenga plena conciencia de ello.

Las figuras básicas de la simbología cultural son enseñadas por la madre y posteriormente son ampliadas por su mundo social. La educación técnica formalista, conceptual o racional aparece con la necesidad de desarrollar la ciencia y la técnica, en lo cual interviene su mundo materno,

pero especialmente la madre técnica que amplia de forma racional el saber originario y le incorpora nuevos significados.

En la cultura popular la madre cubre un margen amplio de la formación de los hijos, la otra parte la hace la sociedad y la escuela pero siempre bajo el influjo materno, bajo su vigilancia e interés.

Habría que seguir profundizando en los diferentes saberes, conocimientos y técnicas que la madre natural o lo femenino va trasmitiendo en la cultura y cómo estos saberes se convierten en base para otros aprendizajes. Debemos redescubrir o darle el valor que tiene lo femenino dentro del marco de lo educativo y de la formación cultural, pues, desde una realidad como la hispanoamericana, desde una episteme distinta a la europea, o mejor dicho desde unos parámetros que van más allá de la razón y que permiten recuperar esta historia marcada por la madre.

Hay que reconocer lo femenino como elemento fundamental en la socialización de los individuos. Lo femenino tiene su propia racionalidad e incidencia fundamental en el mundo de lo masculino.

CONCLUSIÓN

Después de habernos acercado al mundo sociocultural y arquetípico de la madre, podemos decir que esta realidad femenina va recuperando su importancia, no sólo desde el mundo discursivo, sino desde una reflexión práctica de lo humano.

Es necesario reconocer el papel central que ha jugado en nuestro mundo cultural la figura de la madre como fuente de vida y especialmente como trasmisora de la herencia cultural.

Se puede decir que la madre representa para el niño su primer estadio cultural, y de esta relación tan estrecha va a depender la expansión misma de la cultura en los individuos. Ella permite la corporalidad e interviene en el mundo psíquico y en la espiritualidad del individuo. Lo provee del mundo simbólico de la cultura, dándole sentido a la realidad misma de lo humano.

La relación primaria entre madre e hijo va estableciendo este vínculo, convirtiéndose en la fuente de los nuevos actores sociales. Ante esto se puede visualizar el papel esencial de la figura femenina en el mundo sociocultural. Su presencia no puede ser anulada a pesar de quedar opacada por el discurso masculino.

El hecho es que las relaciones, en este mundo racionalista y organizado por el hombre, pasan por la figura materna y por sus arquetipos. Estas figuras primigenias que dan vida al ser y a su cultura no sólo se quedan en el mundo del inconsciente colectivo o en la privacidad del hogar, pues lo femenino se manifiesta con gran fuerza en las relaciones sociocomunitarias, estableciendo los lazos y vínculos sociales.

Pensamos que el mundo cultura en el cual vivimos debe recuperar estas figuras primigenias, estos arquetipos que sustentan lo humano, y reconciliarse con lo femenino, a través del arquetipo fundamental de la gran madre. No en la madre castradora o devoradora, sino en la madre que libera al ser mismo a través de la educación y su mundo práctico de relaciones.

No se pretendió, desde aquí, mitificar el mundo de lo femenino, o absolutizarlo, sino recuperar su importancia como elemento fundamental en el desarrollo pleno del ser, pues el hombre debe estar integrado con su mundo femenino para poder reconocerse como ser. Este reconocerse no es sólo de lo masculino como tal, sino también de lo femenino que ha adoptado patrones masculinos. Lo femenino no es sólo lo meramente fáctico o formal; lo femenino es un modo de ser muy concreto que permite no sólo producir lo humano, sino recrearlo. Mientras lo femenino produce y contiene lo masculino o se puede autocontener, lo masculino sólo puede comprender parte de lo femenino.

Lo femenino contiene y produce una vida o mundo distinto del suyo y lo incorpora a una cosmovisión más grande, garantizando la expansión no sólo de lo biológico, sino de los sentimientos y del mundo de significados entrecruzándose en sí lo femenino y lo masculino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Follari, Roberto A. (1997). *Muerte del sujeto y ocaso de la representación* (Relea, Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados). Caracas: Universidad Central de Venezuela, Comisión de Estudios de Postgrado.
- Mèlich, Joan-Carles (1996). *Antropología simbólica y acción educativa*. Barcelona: Paidós.
- Moreno, Alejandro (1997). *La familia popular venezolana*. Caracas: Centro Gumilla.
- Rísquez, Fernando (1999). *Aproximación a la feminidad*. Caracas: Monte Ávila.
- Savater, Fernando (1997). *El valor de educar*. Colombia: Ariel, S.A.